

Nueva luz sobre el desastre de UCD

Los espectaculares resultados de las elecciones británicas permiten una aproximación inédita al desastre centrista español. Hay muchos datos semejantes entre la catástrofe del laborismo inglés y la de la difunta UCD.

El electorado del Reino Unido ha puesto de manifiesto que en las sociedades europeas las posiciones extremistas sólo cuentan con adhesiones minoritarias. Son opciones con un «techo» insuperable. La espectacular victoria de los conservadores (no obstante, haber recogido un 1,5 por 100 de votos menos que en 1979) se debe a la radicalización del Labour Party, que el 10 de noviembre de 1980 cambió al moderado centroizquierdista James Callaghan por el socialista Michael Foot en la cúspide de la organización.

Y aquí empieza el paralelismo entre laboristas ingleses y ucedistas españoles. A los primeros, bajo el liderazgo de Callaghan se les decía: «Estáis haciendo una política de derechas con los votos de la izquierda.» A la UCD, desde que apareció en escena en 1977, se le reprocha: «Hacéis una política de izquierdas con el voto de la derecha.»

Iguales escisiones

Tanto el Partido Laborista como la UCD se defendieron de esas acusaciones. Pero cuando el adversario es tenaz y cuenta con instrumentos eficaces de difusión de ideas, puede conseguir que sus críticas infundadas calen en las filas de los militantes del partido atacado y, sobre todo, en los votantes del mismo.

Algunos socialistas británicos llegaron a creérselo: «Realmente —pesaron— este Callaghan es un hombre de la derecha.» Por eso se echaron en los brazos de Foot, cuya identidad izquierdista no ofrecía la menor duda. Muchos ucedistas españoles estaban

convencidos, a partir de 1979/1981, que Adolfo Suárez era de izquierdas. Por eso acogieron con satisfacción el nombramiento de Leopoldo Calvo-Sotelo.

El paralelismo Labour Party-UCD continúa. El 24 de enero de 1981, en el congreso de Wembley, el sector centroizquierda del laborismo no acepta la orientación oficial del partido, claramente escorado a la izquierda, y esta disensión interna termina en la creación del Social Democratic Party, que concurriría a las elecciones del 8 de junio formando alianza con los liberales. Por las mismas fechas en España van consumándose, uno a uno, los abandonos de la UCD por parte de quienes defendían el centroizquierda: la maquinaria oficial del partido se escora a la derecha y así se presenta a las elecciones del 28 de octubre.

Los laboristas han perdido entre 1979 y 1983 el 9,3 por 100 de su electorado, lo que es una cantidad extraordinaria dado el sistema peculiar de los partidos en Gran Bretaña. El Labour se ha salvado de la «débâcle» que padeció UCD gracias a una ley electoral, de inspiración mayoritaria, que protege a los ya instalados. Pero, la alianza liberales-socialdemócratas se ha quedado detrás del Labour Party por solamente tres puntos, de 24,6 por 100 a 27,6 por 100, lo que demuestra que no era cierto que los electores de Callaghan desearan una gestión más izquierdista.

En España, después del 28-O, nadie se ha atrevido a repetir que UCD hizo una política de izquierdas con el voto de la derecha: una parte considerable de los electores centris-

tas en 1977 y 1979 han apoyado al PSOE en 1982.

Los votos prestados al PSOE son ese amplio centroizquierda español que el 28-O rechaza a una UCD derrechizada, como el centroizquierda británico ha rechazado el 8-J un laborismo izquierdizado.

Lamentos tardíos

Se va viendo todo más claro. Si UCD hubiese optado por conservar el electorado más a su izquierda, hoy sería —pienso— el partido dominante.

La mayoría absoluta de los socialistas se consigue precisamente con la incorporación de los votantes a su derecha. (Más o menos los mismos que UCD infravaloró.) Si el Labour Party hubiese reemplazado a Callaghan por otro líder de su misma significación política y los radicales socialistas no hubiesen prosperado en el congreso de Wembley, la señora Thatcher probablemente no estaría hoy en el número 10 de Downing Street. (Los laboristas y la alianza socialdemócrata-liberal han sumado el 52,2 por 100 de los votos, frente a sólo el 42,4 por 100 de los conservadores.)

Una última coincidencia: los socialistas británicos lamentan ahora haberse equivocado con su campaña anti-Callaghan y se han dado cuenta tarde de que aquella política, de apariencia derechista con el voto de la izquierda, era oportuna y conveniente. En España son muchos los que añoran —o deberían añorar, supongo— la inicial política de «izquierdas» de la UCD con el voto de la «derecha». Pero ya es tarde, tanto aquí como allí, para los miopes.